cual no sucede el sol. Todos tenemos en la memoria un pequeño firmamento de estas estrellas pálidas, cuya luz no sólo no movió sino que aquietó el hervor de nuestra sangre juvenil y puso en nuestra alma un sentimiento de admiración dulce y tranquila, llena de ternura. Simpatías nacidas en un encuentro, y que duran años y más años, ignoradas por parte de la persona que las inspira, ó sospechadas más bien que advertidas, en las cuales jamás surge un deseo que las desnaturalice, ni siquiera un pensamiento que las empañe. A veces es la belleza unida al aspecto bondadoso quien las inspira; pero siempre es la bondad la que tiene mayor parte; tanto, que con frecuencia, admirando esta, no se advierte siquiera aquella, como no se atiende á la belleza de la flor, mientras se está aspirando su perfume.

No son sin embargo las más de las veces las mujeres hermosas: son caras en que la forma no es nada y la luz lo es todo; ojos afectuosos en los cuales parecen brillar dos lágrimas inmóviles; bocas en las que está

como estampada una palabra dulcísima, que dan idea de una idea noble que ha tomado carne y color de púrpura; y hoyuelos que sonríen como dos ojos, y cuellos delgados como cansados, inclinados en la actitud como de quien consuela, compadece y perdona. Hay también un no sé qué de maternal en formas todavía de niña; de virginal y de ingenuo en caras en que se señalan las ofensas del tiempo y del mundo, una mezcla de timidez monacal, de gracia espiritual de convalecientes, de tristeza meditabunda, de desterrados ó de prisioneros. Y es alguna vez la voz, oída al pasar, en la cual la expresión también de un pensamiento alegre, tiene un sonido suave de melancolía, con un temblor ligerísimo de emoción y casi de llanto, y acentos acariciadores de palabras murmuradas en las almohadas á los niños y á los enfermos.

Lo desconocido pasa y desaparece; pero nos queda en la mente por largos años, quizá para siempre, aquella imagen querida y respetada de amiga, de hermana, de hija, de madre. ¿Qué importa que la razón nos

diga que ella no será tal cual aparece? tal apariencia es también una realidad, y una realidad es la viva y pura simpatía que ella despierta en nuestro corazón; y nosotros amamos en su forma el alma bella que nos infunde su pensamiento.

*

Quizás la simpatía más extraña es la de los hombres entrados ya en años hacia los jóvenes: aun cuando muchos hagan ostentación de ella por aquella misma razón que nos hace acariciar con frecuencia á quien envidiamos, para disimular la envidia y prevenir también la sospecha. En la nueva generación la mayoría no ve más que un enemigo, invasor y dilapidador hambriento de todos sus bienes. Pues bien: cómo se puede permanecer cerrados á la simpatía ante la sonrisa que parece que se difunde de la persona como un resplandor; ante el hermoso sentimiento, que nace casi de un sentimiento de inmortalidad terrena y como excitado por una música secreta de guerra, con la cual el joven pide al mundo su parte

de alegría, de gloria y de amor; ante aquella pronta é impetuosa pasión con la cual él cree, promete, propone, emprende y aplaude, y condena y perdona; ante aquellas hermosas cabezas morenas de caballeros de aventura del ideal, que se inclinan en actitud de asentimiento reflexivo á quien predice las asperezas y las angustias de la vida, pero despidiendo de sus ojos un chisporroteo que dice que no, que no es cierto, que el mundo es hermoso, y herencia suya, y que sienten en su mano el hilo de la fortuna? Oh hermosas caras de veinte años, que acuden á nuestra memoria, en las cuales al rayo precoz de una virilidad gallarda se mezcla todavía un crepúsculo sonrosado de la niñez, rostros en los cuales fulgura la alegría triunfante del primer amor y el orgullo del ingenio que surge, caras veladas ya por la tristeza como por un presentimiento de la mentira del mundo, que os replegáis aun sobre el seno de la madre y conocéis todavía las lágrimas de la infancia, rostros resplandecientes de vida y bullendo de impaciencia, en los cuales vemos brillar

el reflejo de todas nuestras esperanzas antiguas, de nuestros entusiasmos muertos y de nuestros afectos perdidos: ¡venid, imágenes queridas, á salvarnos del odio de la juventud, cáncer de la vejez egoísta! Porque en todos los hombres maduros y viejos, que guardan por la juventud una simpatía sincera y se alegran ante su presencia, hay ciertamente algo de bueno y de generoso, ó está dispuesto el ánimo por lo menos á una tranquilidad digna y prudente; mientras que los otros, á quienes es odiosa la juventud, no son más que fieros rebeldes á la ley de la vida, roídos por el veneno de los tardos deseos y de las pasiones impotentes; que allá abajo de la pendiente por donde se precipitan quisieran derribar consigo el mundo.

*

Flores de simpatía nos ofrece también la vejez sana y tranquila, por la risa sonora y todavía juvenil que parece el toque de victoria de la fuerza humana sobre el tiempo; de una simpatía que nace en parte de la gratitud, porque aquel florecimiento senil

del cuerpo y del espíritu nos proporciona una imagen confortante de la edad que nos espera y que tememos. Pero cuántos simpáticos no hay también entre los viejos contrahechos y enfermos, en los cuales, por las calles, no se detiene más que la mirada burlona de los mal nacidos! Es el tipo de una familia no pequeña, el viejecillo pobre y medio contrahecho, que se ve completamente solo sobre un banco de los jardines públicos, el cual para nosotros (que por acaso nos hemos sentado á su lado), animado por alguna palabra cortés, cuenta con jovial verbosidad su vida, revelándose ameno original, conocedor de países lejanos, observador penetrante de los hombres, casi analfabeto, pero repleto de sana filosofía y todavía benigno con el mundo que le ha arrojado de su seno como un martillo roto, después de medio siglo de trabajo mal pagado. Otros despiertan una simpatía más viva, porque vienen á ser para nosotros sueños de ilusiones lloradas y reverenciadas. ¿Es gracia ó crueldad del acaso la que nos presenta por la calle, en la forma de

un señor encorvado, algo de lejos, la dulce ilusión de volver á ver á nuestro padre en la tierra; ilusión producida por una vaga semejanza, que al acercarse el desconocido amengua ó se desvanece, pero que nos hace detener el paso sin embargo, y fijar en aquel rostro una mirada que atrae la suya, produciendo en nosotros una expresión de estupor benévolo, cuya impresión guardará siempre nuestro corazón? Busquemos, recorramos en nuestra memoria la región de las simpatías: todos hallaremos en ella, entre la multitud de los desconocidos, hermosas caras de viejos soldados inválidos, que llevan valientemente sus achaques, con el rostro sonriente ante la imagen de la muerte que sabrán afrontar sin miedo y sin lamentos; caras honradas y amorosas de abuelos encorvados, que llevan de la mano un niño, tirano é ídolo suyo, menos gentil de contemplarse que ellos; canas severas y nobles, cuya belleza hace tiempo envidiamos, como testimonio de una vida laboriosa y útil, y á las cuales naturalmente, sin conocerlas, habremos abierto el ánimo y

pedido un consuelo ó un consejo, como á antiguos amigos de nuestra casa. Simpatías delicadas, semejantes á la admiración dulce y grave que producen las hermosas puestas de sol de invierno.

*

Singulares y dignas de estudio profundo son las simpatías literarias. Sólo por las simpatías puede explicarse cómo muchos escritores, que no tienen en su arte ni ideas originales, ni formas propias, y ni siquiera son estimables por excelencias de imitación, no por otra virtud que la índole del alma que se trasparenta aun en las obras suyas menos sugestivas, tengan mayor boga que muchos escritores poderosos, cuya persona moral permanece como escondida á la mirada de los más por la profundidad del pensamiento, vestido con formas nuevas y admirables, separadas del gusto común. No está en lo que ellos dicen su fuerza atractiva, ni tampoco en la forma en que lo dicen; sino en el metal y en la modulación de su voz.

No hay escritor, aun entre los medianos, que si es de ánimo noble y sincero en la expresión de sus afectos, no cuente con una familia dispersa de admiradores, que encuentren en él maravillas y tesoros velados á todos los demás, que lo exalten entre los amigos y lo pongan muy por cima de otros á quienes él ni siquiera se atrevería á compararse. El más desvaído artista de la pluma, entre los que no están demasiado más bajos que la medianía, enarbola una bandera inconscientemente, en la cual una legión ó una cohorte ó una centuria á lo menos de lectores próximos y remotos reconoce una enseña de fraternidad que la hace amar; y por esto llega á ser un pequeño guía y maestro de almas, de quienes casi siempre le llega inesperadamente el aplauso; sobre lo cual se funda la sentencia muy justa de un escritor francés: «Que los escritores ilustres deberían leer más libros de escritores desconocidos», porque en cada uno de estos se encuentra la clave de algún pequeño repliegue del corazón humano. Y también entre la fila numerada de los lectores doctos

y perspicaces, cuantas injusticias no hace cometer la simpatía. Si por acaso son en efecto simpatías; porque la simpatía puede conceder la moda que pasa, no la fama que persiste; y la victoria final y duradera queda siempre para aquellos ingenios grandes de quienes la mente de los más no abarca la grandeza de pronto. La simpatía por el contrario, es justicia, cuando es compensación á la gloria fallida, buscada con nobles y largos esfuerzos; cuando se dirige á los paladines mal armados y nunca afortunados, pero constantes é intrépidos, de una idea grande, á los divulgadores sencillos y eficaces de sentimientos benévolos, á aquellos modestos trabajadores de la mente que difunden en lluvia de tenue luz, los tesoros de pensamiento que, vibrando en haces de rayos en el genio, ofuscan y confunden las inteligencias comunes. A estos es premio merecido la simpatía, hermana menor de la gloria.

*

¡Y las simpatías políticas: ¡qué campo de

observación! Todo hombre público que haya hecho ó haga hablar mucho de sí, cualquiera que sea la levadura de su ingenio y la importancia ó el valor de su obra, es para un cierto número de sus paisanos, de sus correligionarios especialmente, un hombre grande, el único salvador posible del país, más grande que su tiempo, desconocido por la nación estólida é ingrata. Y no sólo son los clientes que chupan de él ó que esperan de él algo, sino admiradores lejanos, desconocidos para él, los que tienen en su casa el retrato, siguen sus vicisitudes con amor asiduo, lo ven en cualquiera palabra suya ó en cualquier hecho, un rasgo de genio, y lo levantan sobre los escudos en los cafés ó en las tiendas del pueblo, saltando á cada ofensa hecha á su nombre como si fuera una ofensa hecha á ellos mismos.

Y no se deriva tanto la simpatía de la conformidad con sus ideas políticas como de ciertos caracteres y cualidades de la mente y del ánimo del personaje político, reales ó supuestos por ellos, ó de sucesos particulares de su vida, y también de su aspecto físico, y por último del solo hecho de haber tenido ellos una vez el honor de acercárseles y de haber sido recibidos con cortesía. Es tan fuerte y tan tenaz en muchos este sentimiento que á veces sobrevive á las más innobles caídas de su dios; de quien obstinadamente excusan los errores más culpables y se resisten hasta el último en reconocer las faltas más manifiestas, limitándose á decir, cuando no pueden otra cosa: — Todo eso, será verdad, tendréis razón todos; pero... me es simpático!

Y no sólo nacen estas simpatías en gentes de escaso cerebro y ánimo pequeño; y ni se sienten sólo hacia los hombres políticos vivientes; nacen tales simpatías prepotentes, también en espíritus elegidos y cultos y hacia personajes históricos de otros siglos, y crecen, cultivadas por largo tiempo, hasta llegar á ser una adoración, un culto exclusivo, que apaga en ellos con la más ciega injusticia, la admiración más justificada por sus émulos ó rivales, y no sólo de su tiempo, sino de otros. Bien lo saben

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

los autores de esas sartas de preguntas impresas, que se circulan por el mundo elegante; las cuales, entre otras cosas, en lugar de preguntar:—Cuál es para Vd. el más grande personaje histórico?—preguntan:—Cuál es el personaje histórico que Vd. *prefiere?*—Y aun entre los más imparciales de los ilustres escritores de historia, cuántos no hay en quien no se descubra una simpatía, que les hace recoger más la luz sobre una que sobre otra figura, y deslizar finamente en pro de aquella las justificaciones y las excusas, y dar color más amoroso á las alabanzas, alguna vez con la clara conciencia de no ser justos, de ceder á la fuerza de un sentimiento, que será vituperado, pero que no pueden vencer? Ah, en todos los juicios que el hombre formule sobre el hombre y sus actos, desde el tribunal de la historia hasta el tribunal correccional, desde la más elevada crítica literaria hasta los exámenes de las escuelas elementales, fuerte ó tenue, atrevido ó tímido, advertido ó no por quien le acoje, obra el influjo de la gentil diosa... ó el de su hermanastra enemiga, que en todas partes se mete siguiendo sus huellas.

*

Y nos hace parciales suyos la simpatía hasta en el considerar á aquella parte de la humanidad á quien todos deberíamos mirar con el mismo sentimiento porque toda es inocente y débil de igual modo. Mil caras de niños, observadas por la calle, en las escuelas ó en cualquier otro sitio, vestidos de gala ó con harapos, hermosos y robustos, les echamos en olvido como corderos de un rebaño; pero otros, por el contrario, en brazos de madres desconocidas, encontrados quizá en ocasión en que un grave pensamiento atormenta nuestra cabeza, nos hacen detener como una nota de voz melodiosa oída al pasar, quedándosenos tan grabados en la mente y en el corazón, como creaciones de pintores inmortales. Casi no pasa día que no encontremos á alguno que nos arrastra con impulso irresistible á hacerle caricias y que nos haga exclamar:—Si supiera pintar!—ó bien:—Si fuese mío!—Y tampoco es en ellos las más de las veces la

belleza ó la robustez lo que nos atrae: es una idea de bondad y de gracia, una expresión particular de aquel estupor de recién venido al mundo, que es común á la primera infancia, ó la mirada dulce, casi amiga que fijan en nosotros, tendiendo los brazos, como si á ellos mismos les moviera también la simpatía, y alguna vez una contracción de llanto ligerísimo, pero que parece la señal de un gran dolor suplicante, imposible á su edad, el cual invoca consuelo y ayuda. Y también entre los más grandecitos, hay caras precozmente graves y tristes, que anuncian ya trabajos y cuidados domésticos, el instinto y el hábito protector de otras criaturas más pequeñas: caras que expresan una tranquila resignación de una infancia sin juegos y sin caricias, los cuales dicen con los ojos pálidos y con la boca amorosa y firme:—Soy débil, pero tengo valor; soy maltratado pero resisto, y amo á quien me olvida, perdono á quien me golpea, y seré siempre bueno y honrado, aun en la miseria.—Las simpatías por los niños son tan vivas, que nos hacen pasar y volver

á pasar por ciertas calles extraviadas de la ciudad para contemplar algunas caritas; y tan fuertes que nos hacen sentar todos los días con la imaginación del deseo, á alguno de estos hijos adoptivos entre los propios; tan afectuosas á veces, que nos hacen pensar con pena al ofrecer un regalo á los nuestros:—Pero ¿y aquel, mi simpatía, mi amiguito desconocido no va á tener nada!—y al besar en la frente á nuestro hijo, con el pensamiento va el beso paternal á posarse también sobre aquella cabeza.

*

Contribuye poderosamente á despertar este sentimiento por los niños y por los jóvenes desconocidos, el amor paternal, benéfico preservador de la juventud del corazón, cuando no lo ciega el orgullo y no lo pervierte el egoísmo de la sangre; aun para aquellos seres raros de ambos sexos que miran con corazón frío la infancia, si se les presenta esta bajo un aspecto nuevo, cuando ellos mismos son educados por sus propios hijos en la observación y en el amor

de la nobleza y de la gracia infantil. Desde la pequeña criatura á quien aman, se irradia su simpatía sobre toda la vasta familia humana de la misma edad, y luego del muchachillo sobre sus iguales, y del adolescente sobre los otros adolescentes, y del joven á los jóvenes; sobre cada uno de los cuales viendo un motivo de afecto, de goces y de afanes iguales á los que experimentan por el propio, sienten como un lazo que une á aquellos á este y á ellos. Aun en aquella edad en que el aspecto y el espíritu son menos amables, en la cual el muchacho es una caricatura moral del niño y un boceto anguloso del hombre, encuentran figuras simpáticas, porque son imágenes de sus hijos, cuya deformidad pasajera del cuerpo y del alma no la ven sus ojos. Y ni la muerte del hijo único mata estas simpatías, porque los padres que se han quedado huérfanos ven durante muchos años crecer su imagen en todos los niños coetáneos del suyo, aman la generación en que su criatura ha dejado un vacío. Simpatías dulces y dolorosas que nos llenan los ojos de lágri-

mas; figuras juveniles que se asemejan á él, sólo quizá en su porte y en el andar, pero que nos arrastran á seguirles por la calle, sin quitarles ojo hasta que desaparecen; amigos y compañeros suyos que no conocemos más que de nombre y de vista, y cuya presencia conmueve nuestro corazón, y á quien quisiéramos abrazar, preguntar, llevárnoslos á casa, haciéndoles sentar en el sitio vacío de nuestra mesa desolada, como si en su pecho hubiera quedado un soplo de su vida y sobre la cara un reflejo de su sonrisa! Oh terrible y santo amor paternal, demasiado fuerte para la fragilidad de la vida, suprema dulzura humana, que precedes demasiado á menudo á la angustia suprema! Pues bien, también para esta angustia son un suave consuelo aquellas dolorosas simpatías.

*

Mas ¿nos cuidamos nosotros bastante de educar á nuestros hijos en este sentimiento de la simpatía? Ah, no pocas veces expresamos en su presencia siendo todavía ni-

ños, sentimientos bien contrarios, y con la cara y con el acento nos complacemos en ello; con frecuencia nos oyen proferir aquellos juicios opuestos á la simpatía, sin fundarlos más que en el aspecto de la gente:—Me es antipático!—juicio tan fácil, que nos dispensa de aducir razón alguna de nuestra mala voluntad. Y así extendemos gérmenes de malevolencia que caen en su corazón y en él se desarrollan, por lo cual muchas familias son semilleros benéficos de antipatía. Si ésta llena nuestro corazón, deberíamos ya que no otra cosa tenerla guardada en él cuando ellos nos escuchan; no avezar á nuestros hijos al odio de los semblantes, que demasiado tendrán que odiar luego las almas. Deberíamos de hacer al revés de lo que hacemos de continuo con suma ligereza. Cuando ellos digan espontáneamente de una persona que no conocen: —Me es antipático—no servirles de eco y sonreir, ni aun cuando nuestro corazón consienta en ello; sino enseñarles cuán imprudente y difícil es juzgar por la portada del libro, del alma humana. Cuando dicen:—Me

es simpático—y nosotros no participamos de igual sentimiento, no sofocarlo, y dejar que la experiencia le transforme, se debe ocurrir el cambio. Educarles en la malevolencia y en el gratuito desprecio de sus semejantes es lo que suele decirse, enseñarles á librarse del mundo miserable; mas el mundo es miserable también por esto, que muchos se asoman á él desde los primeros años sin disposición alguna benévola ó indulgente; antes bien con entrecejo y corazón de enemigos. Así como el sentimiento de la belleza natural y artística se educa, el espíritu del niño reclamando su atención sobre cualquier cosa bella del arte ó de la naturaleza, así al sentimiento de la belleza moral debiéramos educar su corazón reclamando su mirada y sus simpatías sobre todos los aspectos humanos que sirven para darle á conocer. Pero, solemos decirles:—Mira que fea cara de perro!—y más á menudo y con bastante mayor gusto que esto: —Mira que cara tan simpática!—sin pensar que es imposible conservar la bondad si no se cree que muchos la merecen, y que es

esta una flor delicada, de la cual cada fibra es una simpatía.

*

Cierto que bajo la simpatía que las caras inspiran se esconde muchas veces un gran desengaño. Conociendo la persona, reconocemos que su rostro es máscara, no espejo del alma; que puede existir en el semblante la expresión de la bondad, de la lealtad, de la nobleza, y nada de todo esto, antes lo contrario, en el corazón. El ojo no engaña, suele decirse. ¡Qué ilusión! El ojo engaña también, siempre que nos ocurra confundir un rayo con lo que no es más que un relámpago, ó que lo veamos cuando la llama del placer ó el velo del dolor nos escondan la expresión de los sentimientos habituales. Existen por el contrario otras caras, y no son muy raras, que nos engañan en el sentido opuesto; que, habiéndonos inspirado algún tiempo aversión, cuando finalmente descubrimos el alma que ellos reflejan contrahecha al modo como ocurre con los objetos reflejados en los espejos convexos, ó se

iluminan y casi se vuelven á modelar á nuestros ojos, de modo que buscando en ellos las razones de la antipatía antigua no la encontramos ya, ni nos explicamos por qué se había producido. Más bien comprendemos entonces cuantas injusticias nos hace cometer el uso de pensar que el alma está vacía ó es atravesada únicamente por el aspecto mortecino ó desagradable.

¡A cuántas personas porque nos piden benevolencia con una cara que por la apariencia desnaturaliza su sentimiento, respondemos con una mirada desconfiada y malévola que les hiere ó les desanima! Cuánta bondad, cuánta simpatía se pierde en miradas y en sonrisas no comprendidas y olvidadas ó rechazadas, porque á muchas almas nobles la naturaleza ha negado la apariencia exterior de las virtudes que ellas encierran ó dado también la semblanza mentirosa de la dureza de ánimo y de la tristeza! Y cuán indulgentes no debemos ser para ciertas asperezas de carácter y de maneras, si sabemos que en muchos derivan de esta contínua repulsa de simpatía que

les atrae, la involuntaria mentira de la cara! Siempre debemos decirnos á nosotros mismos, ante una de estas figuras:—No pronuncies sentencia! De aquella boca amarga salen quizá dulces palabras y quizá de aquellos ojos foscos santas lágrimas, que ni tu boca ha dicho ni en tus ojos han brotado jamás; no juzgues del alma de un hermano por una forma que el acaso modela, que muda el tiempo, que perturba la enfermedad y la desventura: respeta el misterio del rostro humano!

*

En todos, excepción hecha de las naturalezas destituídas de todo sentimiento afectivo, es vivo el deseo, en algunos la necesidad, de inspirar simpatías, aun á los desconocidos; vivo también hasta en aquellos que son poco ó nada aptos para corresponder; y en los cuales si no de la benevolencia, nace aquel deseo, del orgullo. Porque, qué otra satisfacción como no sea esta, tan prontamente lograda, pueden ellos obtener al amor propio en aquellos mil contactos

fortuitos y breves con gente desconocida que son también una gran parte de la vida y durante los cuales no tienen tiempo ni manera de despertar la admiración ó la estima ó quizá la envidia con sus facultades ó con sus privilegios no manifiestos? Tan dulce es la satisfacción de este deseo, que no se recuerdan con gusto ciertos sitios lejanos, donde estuvimos tiempo ha, sino por haber visto allí una cara jamás vista antes, que nos expresó un sentimiento de simpatía; que, de un pueblo entero, contradiciendo el parecer universal, nos obstinamos en afirmar su espíritu cortés y su trato por el solo hecho de haber encontrado en aquel muchas personas, aun vistas de escapada, en las cuales nos pareció haber inspirado aquel sentimiento; que entre los recuerdos de las grandes metrópolis extranjeras, en donde nuestra alma fué pasando de maravilla en maravilla, nos queda viva y distinta, como de algo extraordinario, la memoria de una mirada, de una palabra, de un hecho noble, por el cual comprendimos haber despertado un movimiento de simpa-

tía en un transeunte. Y es este deseo el gran padre y consejero de toda cortesía, porque todo este comercio contínuo, que se verifica entre personas que no se conocen ó se conocen apenas, de sonrisas, saludos, ofertas, servicios mesurados, palabras y formas del lenguaje, mórbidas, respetuosas y aprobatorias, no es otra cosa que la moneda menuda con la cual tratamos de adquirir unos de otros la simpatía. Y este sentimiento es el maestro supremo de la cortesía, que ni por esfuerzo de la voluntad, ni por efecto de educación refinada, ni por agudeza de ingenio se encuentran palabras, hechos y pensamientos tan delicadamente nobles y tan exquisitamente amables como los que aun al hombre inculto de maneras y de espíritu inspira la simpatía. *¡Amor, alma del mundo:* la simpatía es tu sonrisa!

*

Y nosotros creemos que uno de los signos más seguros de la elevada naturaleza del hombre es este modo espontáneo, pronto, desinteresado, de benevolencia que pue-

de sentir por un semejanto suyo desconocido, que pasa por su lado y sobre el cual apenas si tiene tiempo de posar la mirada. Creemos que con la razón y con la imaginación puede cada uno de nosotros afinar en sí, fortificar, engrandecer esta noble facultad; y recabar de ella un gran consuelo en las luchas y en los dolores de la vida. Y estimamos que uno de los más altos deberes del hombre es el de cultivar en la niñez este sentimiento, expresándolo siempre que él lo sienta, combatiendo constantemente en él la tendencia al sentimiento opuesto, acostumbrando á los niños á observar, á descubrir, á meditar en la figura humana todos los caracteres, todos los indicios que puedan suscitarla.

Y que con la propagación de la cultura intelectual, con la atenuación de las asperezas de la lucha por la existencia, con el refinamiento de las costumbres, deba en la humanidad crecer la facultad de experimentar y de inspirar tal sentimiento, es una de las más grandes y más queridas esperanzas de nuestra alma. ¡Simpatía! Parece

que en esta palabra suena una promesa inmensa! Primer rayo del amor y de la amistad, sonrisa de dos almas, vínculo repentino y misterioso que une los corazones á través de toda diferencia de edad, de estado y de sangre, belleza de la belleza y gracia de la gloria y fuente infinita de la nobleza y de la harmonía, descienda la simpatía en nuestro corazón, brille en nuestra mirada y suene en nuestra palabra, germine y crezca en flores de afecto y en frutos de caridad, respire entre los hombres separados por interés, mueva una hacia otra las clases separadas por la fortuna, aproxime á los pueblos divididos por la naturaleza, difunda sobre el mar proceloso de las pasiones humanas su blanca luz de estrella, y en ella se inspiren, no en el orgullo estólido y en el odio, la obra de los poderosos y el canto de los poetas!

AÑO NUEVO

(Coro de voces dispersas)

UN JOVENCILLO

Bien venido, mil novecientos...! Para nosotros cada año nuevo es un amigo que nos trae un brazado de dones y de doradas esperanzas. Tu alargarás mis bigotes, añadirás dos dedos más á mi estatura y me redimirás del griego y del latín. Tu abrirás las puertas del nuevo siglo, del siglo *nuestro*, del *mío;* puesto que lo que muere contigo es el siglo de la vieja generación, que nos tiene sugetos por el ronzal: será nuestro el venidero, que se abre ante nosotros como un continente misterioso, donde cada uno correrá la posta de un reino. Lo viviré hasta la mitad del siglo futuro; así lo espero, y quizá